



EL ESPANTAJO.

Comedia en un acto, en prosa, arreglada del francés por D. Francisco Corona y Bustamante, representada con aplauso en el teatro de la Cruz, el 18 de setiembre de 1852.

PERSONAS.

ACTORES.

DON PLACIDO. Sres. Detrell.
 CARLOS. Rodrigo.
 LUISA. Sras. Paz.
 TERESA. J. Rodrigo.
 UN CRIADO.

La escena pasa en Carabanchel.

Sala con puerta al fondo, que dá sobre un jardín. Puertas laterales: á la izquierda una ventana. Mesa, sillas, etc.; en primer término de la izquierda y á la derecha, un velador, junto al cual está sentada Luisa haciendo labor.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, acaba de hacer un bolsillo al tiempo que DON CARLOS entra bruscamente por el foro.

CAR. Luisa! Encantadora Luisa!
 LUI. Cielos! (levantándose.)
 CAR. Tranquilícese usted... su marido no ha vuelto aun... y aun cuando volviera... Qué hay que temer? Es tan indiferente, tan pacífico!
 LUI. Caballero!..
 CAR. Compare usted su frialdad con el amor que yo le devora; yo, que cuando contrajo usted ese fatal matrimonio, estube para pegarme un tiro!..
 LUI. Usted?
 CAR. Si señora, yo... y no lo hice, porque en medio de mi dolor, la esperanza, ese faro de los navegantes, me daba algún aliento para vivir.... Me esperaba á que fuese usted desgraciada, para volver á verla.
 LUI. Yo desgraciada?
 CAR. Pues qué, no lo es usted? Casada con un hombre de mas edad, con un hombre que no le apreciaba como debe el tesoro que posee..
 LUI. (dentro.) Luisa!
 CAR. Ah! mi prima Teresa! (se sienta con precipita-

cion y se pone á trabajar.) Don Carlos, márchese usted.
 CAR. Bien, señora, me iré... pero al menos si en pago de mi obediencia .. me diese usted ese bolsillo, obra de su mano preciosa...
 LUI. Don Carlos! (en tono de reprension.)
 CAR. Me lo dá usted, no es verdad? (tomándolo)
 LUI. Pero...
 CAR. Gracias, mil gracias. (besa el bolsillo con ternura y se marcha.)
 LUI. Oh! no, caballero; permitame usted... (entra Teresa y Luisa aparenta estar muy ocupada.)

ESCENA II.

LUISA, TERESA.

TER. A ver si eres de mi opinion... Luisa, no me oyes? (tocando á Luisa que aparenta no verla.)
 LUI. Ah! me has asustado! (volviéndose.)
 TER. Pues no suelo causar ese efecto, hija! Veamos! Cómo me encuentras hoy?
 LUI. Muy bien. (levantándose.)
 TER. Si no me has mirado!
 LUI. Estás muy bien, perfectamente... pero cómo!.. En traje de baile por la mañana .. para estar en Carabanchel?
 TER. Quién sabe lo que puede acontecer? Supongamos que haya visitas... por ejemplo, don Carlos...
 LUI. Don Carlos?
 TER. Nuestro vecino, un joven muy amable, no es verdad?
 LUI. Si.
 TER. Aquí entre nosotras, creo que he adivinado sus intenciones.
 LUI. Tú?
 TER. No es tan difícil... Sabes por qué no ha ido este año á la hacienda de la viuda? No lo sabes? Pues yo sí.
 LUI. De veras?
 TER. Y eso que Plácido no me juzga capaz de agradar.

LUISA, CARLOS.

LUI. Ah! don Carlos te obsequia?
 TER. Y por qué no? Hay en casa otra soltera?
 LUI. Es verdad. (Vamos, su mania!)
 TER. Hija! Tú no ves nada! Eres ciega como tu marido: pobre hombre! Desde que se ha hecho campesino, no tiene mas que dos pasiones, el billar y los insectos.
 LUI. Tienes razon; de algun tiempo á esta parte apenas se ocupa de su muger; siempre fuera de casa!
 TER. Si yo no estuviera aqui, que te hago veces de hermana .. Ah! y apropósito. Sabes que al fin se arregló su casamiento?
 LUI. Cómo! mi hermana Elisa!
 TER. Se casa, hija... es mucha fortuna de mugeres! Se casa con un amigo de tu marido; es bastante joven, y siente por ella una de esas grandes pasiones que mi corazon comprende tambien.
 LUI. Pero y la dote?
 TER. La tendrá. (con misterio.)
 LUI. Qué estás diciendo?
 TER. Chit! No te des por entendida. Es una sorpresa que te preparan. En estos últimos dias ha ido tu esposo á Madrid, con objeto de ver á la familia del novio.
 LUI. De veras?
 TER. Si, y la dote de que carecia Elisa la ha ofrecido Plácido en tu nombre, y hoy mismo habrá de celebrarse el contrato.
 LUI. Ah! esposo mio!
 TER. Tu marido es muy bueno, pero mira como no hace lo mismo por mi! Ya se vé, con su mania de llamarme prima... ahuyenta á todo el mundo.
 LUI. Y qué? No lo eres?
 TER. Vaya una ocurrencia! Los primos son generalmente de una misma edad. El tiene ya cuarenta y cinco años, y no puede ser sino mi tio... por tanto soy sobrina suya.
 LUI. Ah! mientras yo le creia indiferente y egoista, él pensaba en la dicha de mi hermana! Oh! cuan agradecida le estoy!
 TER. Cuidado con decir nada de esto, eh? Voy á terminar mi tocador, porque ya es medio dia.
 LUI. Cómo?
 TER. Tengo que ponerme algunas flores, lazos .. etc. Quiero estar vaporosa, ideal... Adios.
 LUI. (Pobre tonta!)
 TER. Ah! Si viniese don Carlos! (volviendo.)
 LUI. Si, si.
 TER. Cuidado! Adios. (vase)

ESCENA III.

LUISA, sola.

Oh! Gracias á mi esposo, mi pobre hermana será feliz! Y yo que le acusaba... Yo que he dado oidos á don Carlos... Ah! Si los recuerdos de ese primer amor!.. Me aterra el imperio que ese hombre egerce sobre mi voluntad..... Seria tan frágil que le amase? Oh! no... pero al cabo... necesito el apoyo de mi marido... y Plácido solo piensa en su Historia natural..... En su billar... Es sordo y ciego... Sabio al fin. Ah! otra vez! (viendo á don Carlos que entra.)

CAR. Al fin está usted sola.
 LUI. Viene usted acaso á volverme ..
 CAR. El bolsillo? Ah! pidame usted antes la vida. Si, bella Luisa, no soy un amante bulgar... Es tal la violencia de mi amor, que si usted me mandase partir...
 LUI. Qué?
 CAR. No lo haria. .
 LUI. (Oh! Dios mio!)
 CAR. Ah! Seductora Luisa!
 LUI. Don Carlos, por piedad...
 CAR. No tema usted; la prudencia modera mis impetus... Descuide usted, su esposo es de una pasta!..
 LUI. Quién sabe!
 CAR. Si, su figura lo dice, y luego su nombre tiene tal suavidad: Plácido!
 LUI. Sin embargo, si llegase á sospechar. .
 CAR. Cómo!
 LUI. Oh! si... lo diré al fin. (con misterio.) Escúcheme usted; le he aguardado aqui para decirselo... Ah! don Carlos, usted cree que mi marido... pues bien, mi marido tiene una penetracion terrible.
 CAR. Quién, su esposo de usted? Un naturalista? Un hombre que solo piensa en mariposas y cucarachas?
 LUI. No hay que fiarse. Es un observador profundo. Don Carlos, ese sentimiento criminal que su corazon abriga; ese afecto á que nunca debí dar oidos, ha llegado á despertar graves sospechas en mi esposo.
 CAR. De veras?
 LUI. Como lo digo á usted.
 CAR. Quién lo pensara!
 LUI. De poco tiempo acá, sus palabras encierran un sentido misterioso... La estraña vigilancia que advierto en él, y que es agena á su carácter... Sus partidas inesperadas... todo me dice que su desconfianza ha despertado... Ayer, por ejemplo.
 CAR. Bah! Ayer dormia, roncaba!
 LUI. (con misterio.) Dormia en la apariencia. Me ha referido un sueño, cuyas circunstancias me tienen intranquila.
 CAR. Qué dice usted?
 LUI. Don Carlos, usted es un hombre de honor!. Usted no querrá alterar la paz de una familia ni comprometer á una infeliz mujer.
 CAR. Oh! Señora...
 LUI. (con viveza.) Pues bien, váyase usted; renuncie usted á verme á solas.
 CAR. Oh! señora .. lo que es eso!..
 PLA. (dentro.) Lo pillé! Lo pillé!.. Esta vez no se me escapará!
 LUI. Lo oye usted? Nos estaba espiando. (se separa con prontitud.)
 CAR. Oh!

ESCENA V.

Dichos, PLACIDO.

PLA. Lo pillé! Si señor, lo pillé!
 CAR. Si? A quién? (con recelo.)
 PLA. Qué lastima! Preparaba á ustedes una sorpresa, pero fué vana mi esperanza; me leva

to muy temprano, tiendo mis redes, me pongo en acecho, pero bah! en vez de atrapar al rey de los insectos, al *vespertilio mirabilis*, he cogido tan solo un mariposa de las mas comunes.

CAR. Ah! con que era una... una mariposa!

PLA. Claro está. Desde que me di á este ramo de la historia natural, he hecho diariamente adquisiciones magnificas... hoy un escarabajo... mañana un escorpion... Siempre he sido feliz; hoy tan solo... pero bah! no pierdo la esperanza.. ya vendrá nueva ocasion y entonces... (*dando la mano á Carlos.*) Oh! entonces tendré mejor mano que en la pasada.

LUI. (*bajo á Carlos.*) Comprende usted lo que dice?

CAR. (*con inquietud.*) Pero?..

PLA. Y mi prima? Pobre Teresa! Cuando pienso que anda hace quince años á caza de un marido! Sin embargo, es menester ser justo; cásesese usted para que le sucedan luego ciertas cosas!.. Ah! está sino Martinez nuestro vecino; su muger se ha vuelto tan sensible, tan espiritual, como él estúpido. A algunos les hace un efecto el matrimonio... ja, ja, ja!

CAR. (*Maldita conversacion! Y lo hace de intento el muy pillito!*)

PLA. Estaba sentado hace poco á la sombra de un arbol, ya saben ustedes... en los limites de nuestras haciendas: he visto por casualidad á la dama en cuestion. Es bastante guapa... asi como tú, Luisa. . Estaba á su lado... bastante cerca de ella, un joven de no mala figura, un amigo del esposo; y hablaban con tanto fuego! De pronto vuelven los ojos hácia donde estaba yo, me ven y dan á correr cada uno por su lado... pero ya era tarde... asi sucede siempre... Ja, ja, ja! No es verdad que es muy gracioso?

CAR. Y cuenta usted esas cosas delante de Luisa?

PLA. Tiene usted razon; los maridos no debemos hablar esas cosas... (*Ah! libertino!*) (*bajo á Carlos y riendo.*)

CAR. (*Diantre! Oh! Es usted muy malicioso!*) Las apariencias engañan muchas veces..... y háy sospechas quiméricas...

PLA. Por quién dice usted eso?

CAR. Yo? Por nadie... pero la demasiada suspicacia .. hace ver visiones... se condena con frecuencia á los inocentes...

PLA. Bueno! Eso estará bien respecto á Martinez, pero por lo que hace á mi , estoy seguro le no engañarme. Yo veo muy claro, amigo mio.

CAR. Y yo .. Crea usted que no ignoro lo que el deber impone en semejantes casos. (*va á salir*)

PLA. No lo dudo.

CAR. (*Ah! mi estratagema sale bien!*)

PLA. Qué! No come usted con nosotros?

CAR. Lo haria con mucho gusto; pero... Este caballero tiene que ver al ministro, y se vuelve á Madrid. (*levantándose.*)

PLA. Eso es otra cosa... Los negocios... Son antes que todo... Caballero... (*saluda, y se va.*)

CAR. Señora...

PLA. Yo voy á numerar y á rotular mi nueva mariposa. Todavia no es hora de ir al billar. Con que buen viaje. Ah! si vé usted á Marti-

nez, no le diga usted nada de lo que le he contado, porque á pesar de su aire pacifico... podria... Eh! Ja, ja, ja! (*vase.*)

ESCENA VI.

DON CARLOS, solo.

Se burla de mi! Oh! este marido tiene ojos de lince... no hay que fiarse... Y luego, su muger es tan timida... Sin embargo, yo adoro á las mugeres timidas. Oh! No, no dejaré ni conquista á medio hacer. Escribánosla. Mucho fuego! (*se sienta.*) Mucha ternura! Este billete va á quemarla los dedos!.. (*interrumpiéndose.*) Pero .. Como quedarme aqui? Quién se atreve con ese Otelo? El que me juzga ya en camino! Viene alguien... Oh! es la vieja coqueta. Maldita bruja! (*dobra precipitadamente la carta.*)

ESCENA VII.

CARLOS, TERESA, luego PLACIDO.

TER. Me dijeron que se habia usted marchado!.. Pero ya sabia yo que es usted demasiado galante para irse sin decir nada á la señorita de la casa.

CAR. En efecto...

TER. Me alegro de ver á usted, porque deseo pedirle un consejo en ausencia de mi tio.

CAR. Su primo querrá usted decir.

TER. No, mi tio Tenemos que asistir en estos dias á una boda, y me han traído de Madrid un traje...

CAR. Perdone usted, señorita: no soy juez competente en la materia; y mas bien su prima de usted...

TER. Mi tia Luisa? No me hable usted de las mugeres. A los hombres es á quien queremos nosotras agradar. . Qué tal le parece á usted? (*enseñándole una tela.*)

CAR. Muy bonita. (*Ah! qué idea!*) Es preciosa.... Amarillo y encarnado... dos colores que se aunan muy bien.

TER. Con mi tez? No es asi? Bueno ; el traje estará hecho mañana, y como usted se quedará aqui por unos dias. .

CAR. Pero...

TER. Oh! si, quédese usted... Yo se lo ruego! (*gachoneria ridicula.*)

CAR. (*Valor, Carlos.*) Ah! usted conoce demasiado el poder de sus encantos... de sus.. atractivos... (*Y espera á que acabe la frase!*) Crea usted, señorita, que me envanece en gran manera el titulo de consultor de las hermosas Y á falta de otro que no me atrevo á esperar...

TER. Ah! caballero... Ah! podria suponer... (*con melindres.*)

CAR. Que yo fuese admirador de sus gracias? Están tan á la vista, que seria menester no tener ojos....

TER. Caballero... Por Dios! (*Oh! si viniese mi primo! Qué dicha, ahí está.*) (*Plácido aparece en el fondo.*)

PLA. (*Me falta dinero para pagar. Hola!*) (*parándose al verlos.*)

CAR. (*El marido! Bravo!*) Ah! incomparable Teresa... Teresa incomparable!

PLA. (*Incomparable!*)

TER. Carlos!

CAR. No, no tendré valor para apartarme de usted.

PLA. (Qué está diciendo!)

TER. Lisongero!

CAR. Oh! No me cree usted, divinísima Teresa?

PLA. (Bah!)

TER. Ay! no, no, no! Mi alma está celosa.

CAR. Celosa, y de quién?

TER. De una muger que no le merece á usted!

CAR. (Cómo! sabrá?)

TER. Quiere usted que la nombre?

CAR. (Delante del marido!) No.

TER. La de Arteaga.

CAR. La viuda? Ah! Es una coqueta.

TER. Pero que le inspira á usted bellisimos versos!

CAR. Ella? Oh! no lo crea usted! Si yo he cantado alguna belleza... ha sido... usted... usted... ingrata!.. (Tómame esa!)

TER. Yo.. yo... Ah! es usted adorable!

CAR. Oh! muger celestial, rehusará usted la ofrenda de mi corazon? (arrodillándose á sus pies.)

TER. Ah! Carlos! Ah! Carlos! (con pasion ridicula.)

PLA. Muy bien, perfectamente. (adelantándose.)

ESCENA VIII.

Dichos, PLACIDO.

TER. Cielos, mi tio! (fingiendo sorpresa.)

CAR. Estaba usted ahí?

PLA. Si, estaba ahí, y he oido buenas cosas... bastante tiernas! No es verdad, primita?

TER. Sobrinita, dirá usted.

PLA. Es posible, don Carlos? Usted que tiene sentido comun.. Qué inverosimilitud!

TER. Y qué tiene esto de inverosimil?

PLA. A no verlo, no lo creyera.

TER. Tio, prohibo á usted que abuse de sus años, y del respeto que me inspira para ultrajarme asi... Cómo! Le parece á usted inverosimil que este caballero me ame, que me lo diga y que venga á esta casa para verme?

PLA. Es por ti por quien don Carlos?...

CAR. Pues bien... Si señor, por ella.

PLA. No lo hubiera pensado nunca.

TER. Porque usted no piensa en nada.

PLA. Ah! si es asi, me alegro en el alma; gracias á usted podré casar á mi prima, podré deshacerme de mi pri... es decir, estaré tranquilo respecto de su porvenir... Y yo que creia que habias renunciado...

TER. A casarme? Pues no faltaba mas!... Usted quiere impedirmelo?

PLA. Yo impedirlo? Nada de eso... Tú eres ya mayor de edad.

TER. Caballero!

PLA. Vamos, don Carlos, es usted muy dueño de continuar en sus galanteos.

CAR. Si usted me permite venir con alguna frecuencia?..

PLA. Todos los dias y á todas horas.

TER. Como! A todas horas? Por Dios... Tio! (ruborizada.)

Dichos, LUISA, que ha oido las últimas palabras.

LUI. (Qué escucho!)

PLA. Luisa, ven y oye lo que pasa. Nuestro amigo don Carlos está enamorado.

LUI. Enamorado?

PLA. Si, loco. No te rias... enamorado de tu prima Teresa.

LUI. De Teresa?

PLA. No es verdad que es un fenómeno?

CAR. Como que ya no me voy á Madrid. (Todo está ya arreglado.) (á Luisa bajo rápidamente.)

LUI. (Dios mio!)

TER. Si, don Carlos me ha dicho cosas que una joven no puede repetir... sin que el rubor... Con permiso de ustedes... me retiro. (mirando á Carlos.) Ay! (este la ofrece la mano y la conduce hasta la puerta, no la retira, y don Carlos se vé obligado á besársela.)

TER. Adios... voy al jardin...

CAR. Uf!

ESCENA X.

Dichos, menos TERESA.

PLA. Pero... Ahora que recuerdo... El dinero para el regalo de boda de mi cuñada.... Voy á...

CAR. (Se va!) (dando á Luisa un billete.) Tome usted.

LUI. Don Carlos! (rechazándole.)

CAR. A qué volverá? Majadero!

PLA. (Si mi muger vé al portador de mi regalo adios sorpresa.)

CAR. Qué traerá entre manos? (reflexionando.)

PLA. Oiga usted, don Carlos. (á Carlos.)

CAR. Qué? (Luisa se ocupa afanosamente de alguna cosa.)

PLA. Deme usted su bolsillo.

CAR. Mi bolsillo? (Demonio!)

PLA. Silencio. Tengo que pagar unas frioleras que me han traído, y no quiero que esta vea...

CAR. Es que no sé si...

PLA. No lo ha sacado usted hace poco en el jardin para dar dinero al criado?

CAR. Es verdad, tómelo usted.

PLA. Hombre... Es precioso... Es de usted?

CAR. Qué pregunta!

PLA. Muy lindo. Verde, color de esperanza... Su duda es regalo de alguna dama.

LUI. (Ah!)

CAR. No.

PLA. Está nuevo y sin concluir... Vamos... de Teresa, eh?

CAR. Tiene usted una penetracion...

PLA. Pobre Teresa! Quién la habia de decir? Cáscaras! Y ya era tiempo! Véala usted... En el jardin saboreando á solas su dicha... Enfiando tal vez con su adorado Carlos... Nos visto... Corra usted; arrójese usted á sus pies y realice las ilusiones de su juvenil meo (llamando en el fondo.) Pedro! (le dá una moneda á un criado que sale.)

CAR. Luisa, tome usted...

LUI. Ah! Dios mio, qué hacer con este hombre (tomando el billete.)

PLA. Qué es eso?

LUI. Nada. Este caballero cuya precipitacion (ocultando el billete.)

PLA. Pero déjale ir... Le aguarda su bella Teresa...

CAR. (á Luisa.) Tienen ustedes razon: vuelvo dentro de cinco minutos.

PLA. Qué hora es?

CAR. Eh?

PLA. Qué hora tiene usted?

CAR. (Si me habrá oído?) Las dos.

PLA. Las dos?

CAR. Si... y qué?

PLA. Nada... Gracias.

CAR. Con este hombre no gana uno para sustos. (vase.)

ESCENA XI.

Dichos, menos CARLOS.

PLA. Las dos! Qué distraccion! Por la primera vez de mi vida, yo, el hombre mas ordenado, olvidaba mi partida de billar.

LUI. Déjala por hoy.

PLA. Oh! es que va en ella el honor, querida Luisa... Martinez me estará ya esperando.

LUI. Si, eso es primero para ti...

PLA. Si, me voy; á Dios, esposa mia. Lo que es hoy, no perderé... Me encuentro con unos bribos... Adios. (vase por la derecha haciendo que juega.)

ESCENA XII.

LUISA, luego CARLOS.

LUI. Ah! maridos! Maridos! Todos son iguales!... Jamás comprenden cuando tenemos necesidad de defensa! Este don Carlos... qué audacia! Entregarme un billete delante de mi esposo. (guarda el billete al ver á don Carlos.)

CAR. Se fué? Ah! gracias á Dios que he podido librarme de esa enamorada Matusalen! Luisa, cómo pagar á usted tanta bondad? Se digna usted concederme la cita...

LUI. Qué cita?

CAR. La que pido á usted en mi carta.

LUI. Su carta?

CAR. Si, la ha leído usted?

LUI. No.

CAR. Por qué?

LUI. Porque... porque mi esposo se ha apoderado de ella.

CAR. Cáscaras!

LUI. Oh! márchese usted, aléjese usted de esta casa.

CAR. Cómo!

LUI. A Dios para siempre.

CAR. Pero...

LUI. Ni una palabra mas! A Dios. (vase.)

ESCENA XIII.

CARLOS, luego PLACIDO.

CAR. Luisa! Oh! qué desgracia! Mi carta en manos del naturalista... Ahora si que cojió la mariposa... No hay mas, ya soy insecto!... Partamos. Ah! (va á salir; al ver á Placido que sale.)

PLA. Estoy furioso! (con un taco de villar en la mano.)

CAR. (Ya lo creo!)

PLA. (arroja el taco sobre la mesa.) Faltarme así! Vamos, quiere gozarse en mi derrota. (se sienta.) Ah! El traidor me la ha jugado.

CAR. (Lo sabe todo! Pecho al agua.) Qué es eso, amigo mio? Creo notar en usted...

PLA. Oh, si, una cólera legitima, natural..... porque cuando el honor está por medio...

CAR. Ah!

PLA. Pero tomaré la rebancha.

CAR. (Diantre.) No creo que hayan llegado las cosas á tal punto... Pero, en fin, si usted lo cree absolutamente necesario!...

PLA. Pues no?

CAR. Estoy pronto....

PLA. (No se me habia ocurrido; con este puedo desquitarme!) Usted conoce mis fuerzas? Mire usted que va á sostener un combate encarnizado!

CAR. Digo á usted que estoy á sus órdenes.

PLA. Pero sabe usted siquiera defenderse? (con desden.)

CAR. Lo haré del mejor modo posible.

PLA. Pues vamos.

CAR. Ahora.

PLA. De seguida.

CAR. Corriente. (va á tomar el sombrero)

PLA. Toma usted el sombrero para ir al cuarto bajo?

CAR. Pero el ruido... su esposa de usted...

PLA. Mi muger está acostumbrada á ello.

CAR. (Cáspita! Y qué matrimonio!)

PLA. Vamos, venga usted.

CAR. Pero, los testigos!

PLA. No son necesarios; venga usted.

CAR. Pero esto es atroz!

PLA. Tiene usted miedo?

CAR. Miedo! Caballero, sus armas de usted.

PLA. Cómo, mis armas?

CAR. De usted es la eleccion.

PLA. Aqui están. Tome usted la suya. (le da un taco de billar.)

CAR. Un taco de billar?

PLA. Es claro. Pero, qué es lo que ha creído usted?

CAR. Como le vi á usted tan colérico, creí que....

PLA. Qué?

CAR. Que un duelo...

PLA. Un duelo! Ah! ah! A qué habiamos de batirnos? (riendo.) Y por eso se ha puesto usted tan pálido?

CAR. Es que...

PLA. Bah! Usted ve hoy visiones!..... Es verdad que con su amor á Teresa! - Ja, ja, ja!.. Pues amigo, se trataba de una simple partida de billar, que Martinez me ganó ayer, y de la que el muy cobarde me niega el desquite. Pero venga usted, y jugaremos.

CAR. Perdone usted, no sé jugar.

PLA. Cómo! No sabe usted jugar! Pues hombre, en qué ha pasado usted sus años?

CAR. (Traidora! .. Engañarme así... Vamos, no sé qué pensar. Oh! me vengaré!) Amigo mio, dispéñseme usted, tengo que hacer...

PLA. Como usted quiera...

CAR. Hasta despues. (vase.)

PLA. Hasta luego... Pobre mozo! No sabe jugar.

ESCENA XIV.

PLACIDO, TERESA.

TER. Tio! Ha visto usted á don Carlos? Me dejó porque tenia que hablar á usted.

PLA. Pues ahora mismo acaba de marcharse en busca tuya... Es singular! Veamos, Teresa, estás segura de que te ama?

TER. Me adora, así lo ha dicho.

PLA. Verdad es que ha tenido el valor de decirlo.

TER. Aquí tiene usted una prueba.

PLA. Cuál?

TER. Estos versos suyos que me he encontrado.

PLA. Y á quién van dirigidos?

TER. A quién pudieran ser sino á mi?

PLA. Veamos. «Niña hermosa,» (leyendo) Niña?..

TER. Y hermosa!

PLA. Y va contigo eso?

TER. Y por qué no?

PLA. Continuemos...

«Niña hermosa, que al alma enamorada hacen tus negros ojos prisionera...

Ojos negros?...

TER. Los míos.

PLA. Si son verdes!

TER. En dónde tiene usted los suyos? Los míos lanzan relámpagos negros cuando pestañean. Mire usted... mire usted... (parpagueando muy deprisa.)

PLA. Qué ingenioso es el deseo! En fin acabemos.

«Tú, cuya negra riza cabellera...

A una rubia? (mirando á Teresa.)

TER. Eso es por el consonante.

PLA. Ah! pues si todo te le esplicas así... dejémoslo: no hay nada que no pueda convenirte.

TER. Usted siempre ofendiéndome con sus dudas. Como si fuera imposible el que yo inspirase amor!... Pero ahora voy á convencerle á usted!... Ahí viene el jardinero con un ramo de rosas... A que son para mi? Verá usted... verá usted. (vase corriendo.)

PLA. Un ramo de rosas! Hum! Nada de esto es natural. Aquí hay algo... y ese algo lo quiero saber á toda costa.

ESCENA XV.

PLACIDO, LUISA.

LUI. (Mi esposo!) (entra turbada.)

PLA. Ah! Luisa!... Me buscabas?

LUI. Si. Has terminado la partida?

PLA. No ha tenido efecto.

LUI. Ah!... no ha venido...

PLA. No.

LUI. Qué miras?

PLA. Toma, á ti, esposa mia. Sabes que tienes hermosos cabellos negros, ojos negros muy brillantes?

LUI. Qué novedad!

PLA. Y en fin, que eres muy linda?

LUI. Vaya una galantería!

PLA. Oh! no es esa mi intención, querida Luisa.— Y ahora, puesto que para nada me necesitáis... (Versos, un ramo!)

LUI. Vas á ver tus insectos?

PLA. Si.

LUI. Siempre pensando en lo mismo.

PLA. Es que ahora voy á coger el rey de las mariposas. Ya verás!... ya verás! (vase.)

ESCENA XVI.

LUISA, sola.

No sé cómo he podido ocultar mi turbación. Este billete me ha llenado de temor. (leyendo.) «Si no corresponde usted á mi amor desesperado, es que quiere mi muerte, y presto será usted obedecida.» Dios mío, Dios mío, qué hacer?

ESCENA XVII.

Dicha, CARLOS.

CAR. Señora!

LUI. Ah!

CAR. Señora, vengo por última vez á saber mi sentencia... Estoy pronto á... (mete la mano en la faltriquera.)

LUI. Ah! deténgase usted... (Carlos saca su petaca de cigarros.)

CAR. Por qué vuelve usted los ojos?

LUI. Después de las amenazas que encierra su billete, no es extraño que me asuste la idea...

CAR. Cruel! Se sorprende usted de verme desesperado, cuando tengo pruebas de su duplicidad! Usted solo consiente en oírme para denunciarme a su marido!... Soy su juguete de usted! Su víctima! Ah! la vida me es insoputable y voy...

LUI. Don Carlos!...

CAR. Por qué me detiene usted, ingrata?

LUI. Si, he engañado á usted; mi marido no sabe nada.

CAR. Nada!

LUI. Ni aun siquiera lo sospecha.

CAR. Entonces, era una estratagemá para alejarme de aquí?... Ah! se declara usted sin fuerzas para combatir mi amor!

LUI. Qué dice usted?

CAR. Luisa! Usted me ama.

LUI. Caballero, déjeme usted... Ah! mi marido! (viendo á Placido se sienta.)

CAR. Ahora poco me importa; que venga cuando quiera.

PLA. (No me engañaba, aquí está) (entrando.)

ESCENA XVIII.

Dichos, DON PLACIDO.

CAR. Hola! amigo mío!... (saliendo á su encuentro.)
Que tal? Está usted ya consolado de la pérdida? Me han dicho que juega usted á las mil mariposas!

PLA. Si?

CAR. Siento no poder servirle de tercio, pero en lo que me propongo ayudar á usted, es en sus estudios sobre historia natural. Trasladaremos su gabinete al pabellón del jardín, donde estará usted mucho mejor, más tranquilo que en esta parte de la casa.

PLA. Doy á usted mil gracias, querido... estoy muy bien aquí. (Qué interés se toma por mi tranquilidad!)

CAR. Yo me hallo bien en cualquiera parte.... a lo decía hace poco á la señora... Porque en un día de la confianza que usted me dispensa, pienso instalarme en esta casa por algunos días.

PLA. Con mucho gusto por nuestra parte... No es verdad, Luisa?

LUI. Si... pero...
 PLA. Yo habia pensado lo mismo : tanto , que le tenia á usted preparada una sorpresa.
 CAR. Cuál?
 PLA. Allí están (*indicando la izquierda.*) el notario, los testigos...
 CAR. El notario!
 PLA. No quiero retardar por mas tiempo la felicidad de usted. Hoy, en este instante, vá usted á firmar el contrato...
 CAR. De qué?...
 PLA. De matrimonio.
 CAR. Yo!
 PLA. Con Teresa.
 CAR. (Misericordia!)
 LUI. (Qué oigo!)
 PLA. No me dá usted las gracias? Vamos, abrázeme usted.
 CAR. Oh!... esa broma!...
 PLA. Broma! Veremos. (*á Teresa que sale.*) Teresa, acércate... ha llegado el momento feliz.
 TER. Ah! Tio mio! el rubor!... la...
 CAR. Caballero, permitame usted.
 PLA. Soy el protector de esta interesante huérfana, y como los obsequios de usted pudieran comprometerla, quiero que se verifique la boda al punto... Venga usted.
 CAR. Pero , señor , así!... sin preparacion alguna!
 PLA. Usted la ama, la adora!...
 CAR. Sin duda alguna , pero ..
 PLA. Es usted hombre de honor...
 CAR. Nadie ha dudado de ello.
 PLA. Pues bien, vamos...
 CAR. Pero oiga usted una palabra.
 PLA. Digala usted pronto.
 CAR. Cuidado! (*á don Carlos.*)
 LUI. (*bajo á Luisa.*) Oh! ha sabido usted curarme de mi amor.
 PLA. Qué espera usted?
 CAR. Nada... Una vez que se me quiere casar por sorpresa... que no se ha contado con mi voluntad... que se duda de mi... En una palabra, desisto de mis pretensiones.. cerca de esta señorita.
 PLA. Cómo!
 CAR. Qué oigo ! Perjuro, ingrato, pérfido!... Ah! me abogo ! Qué calor!.. Qué verguenza!.. (*cae en un sillón.*)
 PLA. Caballero, me dará usted una satisfaccion.
 CAR. Prefiero eso.
 PLA. Es que ahora no será al billar.
 CAR. Como usted guste.
 PLA. Cielos!
 CAR. Deteneos! Oh! ingrato, (*levantándose.*) no esongas tus dias.
 PLA. Teresa, he obrado mal, lo confieso!... Disiúlame usted ; pero no puedo menos de restar mi primer compromiso...
 CAR. Cuál?
 PLA. El de la viuda.
 CAR. Si , eso es...
 Ah!
 Don Carlos, usted comprenderá que su presencia en esta casa compromete á una muger que no ha merecido semejante conducta.
 Con que la viuda de Arteaga era la dama de los versos?... Vean ustedes, mi muger tiene bellos negros, los ojos negros, el talle esbel-

to : sabes que la viuda (*á Luisa.*) debe ser hermosa, tan hermosa como tú?
 LUI. (Dios mio, lo sabe todo!)
 PLA. Oh! ya decia yo... aquellos versos no los inspiró Teresa , ni el ramo de rosas era para ella; solo que la viuda está á unas cien leguas de aqui , y las flores se hubieran marchitado en el camino.
 CAR. (Lo sabia todo!)
 PLA. Ah! me olvidaba... tome usted su bolsillo...
 LUI. Amigo mio!
 PLA. Es verdad. (*da el dinero á Carlos, y el bolsillo á Teresa.*)
 TER. Pero, qué quiere decir? (*mirando el bolsillo.*)
 LUI. Silencio. (*en voz baja.*)
 CAR. Señores , siento dejar á ustedes tan pronto... me esperan en Madrid!...
 PLA. Ah! El ministro, eh?
 CAR. Si.
 PLA. Buen viaje, querido; espresiones á la dama de los versos.
 CAR. Cuando usted guste , siempre me hallará á su disposicion. Señora... (*vase; le saludan ceremoniosamente; Teresa con espresion de dolor.*)
 LUI. Pero el notario, los testigos...
 TER. Para qué son?
 PLA. Para la boda de tu hermana.
 TER. Siempre para otra! (*á Luisa.*) Está de Dios que yo no me case nunca.
 LUI. Oh! generoso amigo... perdóname.
 PLA. Pero, de qué he de perdonarte?
 LUI. Es que por no turbar tu tranquilidad, he tenido que fingir que comprendias...
 PLA. Magnifico! Ahora me lo esplica todo!... He servido de *Espantajo*.
 LUI. Y no te incomodas?..
 PLA. Yo?

Pregunta á todo marido si se hubiera resentido. (*al público.*)
 A que te dice que no?

FIN.

Gobierno de la provincia de Madrid.—Madrid 10 de setiembre de 1852. Examinada por el señor censor de turno y de conformidad con su dictámen, puede representarse.—El gobernador:— Ventura Diaz.

MADRID, 1852.

IMPRESA DE VICENTE DE LALAMA,
 calle del Duque de Alba, n. 13.

